

EL CUERPO ELÉCTRICO

Jordi Soler

Más que encontrarme con la historia de Cristino Lobatón, me tropecé con ella. Acababa de hablar sobre una de mis novelas en un auditorio de la Universidad de Filadelfia cuando Lilian Richardson, la profesora que me había invitado, animada por el dato de que yo había nacido en Veracruz, me llevó a la biblioteca, a la sección de manuscritos, y me enseñó un documento de cuatrocientos doce folios escritos en español con una tupida caligrafía en tinta negra y un título sonoro y misterioso: “El cuerpo eléctrico”.

Me dejé llevar por cortesía, porque Lilian había sido muy amable conmigo y era evidente que aquello que quería enseñarme le parecía importante. Este hombre era veracruzano como tú, me dijo, y también era escritor, aunque su prioridad era hacer dinero, volverse rico, matizó con un poco de malicia.

Los folios de “El cuerpo eléctrico” tenían un gramaje propio del siglo XIX y esto hacía que el manuscrito pareciera mucho más grueso de lo que era en realidad. ¿Puedo tocarlo?, pregunté, porque estaba dentro de una caja de plástico y parecía una delicada pieza de museo, de esas que se desintegran al contacto con los dedos. No es tan antiguo, dijo Lilian sonriendo, no tiene ni ciento cincuenta años. Y no solo puedes tocarlo, también leerlo, añadió. Yo acababa de hablar durante dos horas en un auditorio y lo que me apetecía era salir de la universidad y sentarme en un bar a beberme un par de cervezas, pero, por no decepcionar a mi anfitriona, y también porque algo de curiosidad empezaba a sentir, comencé a pasar las páginas y a leer párrafos aleatoriamente, mientras Lilian me contaba a grandes trazos la historia de Cristino Lobatón, su fructífera relación profesional con una liliputiense mexicana, Lucía Zárate, que se convirtió en la vedet más importante de Estados Unidos a finales del siglo XIX, y de la estrambótica sociedad que formó con P. T. Barnum, el amo del freak show. Cinco minutos más tarde la historia de mi paisano que se había convertido en uno de los hombres más ricos de aquel país había logrado interesarme, tanto que le pedí a Lilian que me dejara leer el manuscrito con calma y tomar notas. Te lo pondré más fácil, dijo ella, te doy una copia y te la llevas, y a ver si se te ocurre hacer algo, escribir un artículo, un ensayo largo, no lo sé. Luego me explicó que a la sección de manuscritos, que no era precisamente la más popular de la biblioteca, siempre le iba bien que un escritor se interesara por algún volumen, y sobre todo que escribiera algo porque eso atraía siempre lectores. Y después añadió: no pasa lo mismo cuando el que escribe es un académico, los académicos solo nos leemos entre nosotros. ¿Y cómo fue que llegó aquí este manuscrito?, pregunté. Lilian me explicó que la Universidad de Filadelfia se había inaugurado en 1884, dos años antes de que la liliputiense mexicana fuera noticia en todos los periódicos, y de que Cristino Lobatón, su manager, llamara poderosamente la atención del mundo empresarial. Lobatón era uno de los hombres a seguir por todos los que querían

hacer fortuna y, consecuentemente, era materia viva para estudiar en la universidad. En esa época Estados Unidos estaba en plena gestación y la riqueza de ciertos individuos se veía como la célula, como la primera piedra del poderío económico que terminaría impulsando al país. En medio del ajetreo que suponía gestionar la carrera meteórica de la liliputiense mexicana y del tiempo que exigía la dirección de una nueva empresa que empezaba a dejarle ganancias estratosféricas, Lobatón encontró un hueco para ir a dar una conferencia a la universidad, de la que se conserva la glosa que hizo el profesor que lo invitó. Conforme mi anfitriona hablaba yo iba sintiendo que un hechizo iba cayendo sobre mí, empezaba a sentirme embrujado por esa historia que Lilian me había puesto enfrente para que me tropezara, para que interrumpiera ese año sabático en el que me había prometido no escribir ni una sola línea de ficción; la escritura de mi última novela me había dejado agotado y quería pasar un tiempo ganándome la vida de otra forma, dando charlas, escribiendo en periódicos, incluso había pensado revivir el viejo proyecto de regresar a mis programas de radio. Pero mientras Lilian me contaba a grandes trazos la increíble aventura de Cristino Lobatón, yo iba viendo cómo mi año sabático se desmoronaba.

El profesor Cosgrove, que fue quien invitó a dar aquella conferencia a Cristino Lobatón, estableció cierta relación epistolar con él, una breve serie de cartas esporádicas cuyo voluminoso punto final era un paquete fechado en Omaha en noviembre de 1890; ahí le cuenta Lobatón a Cosgrove, en un inglés impecable, que como calculaba que su vida a partir de entonces iba a ser a salto de mata, le enviaba, con la carta, el manuscrito de cuatrocientos doce folios, un paquete de fotografías, otro de cartas y documentos varios, y treinta y cinco bitácoras, una suerte de diarios en los que iba anotando cuentas, fechas y acontecimientos importantes, proyectos, notas sobre su quehacer y reflexiones sobre su vida personal. El profesor Cosgrove no leía en español, pero sospechaba que aquella documentación era importante, así que la depositó en la biblioteca. Esa es la historia, me dijo Lilian. ¿Qué te parece?, preguntó divertida, porque mi cara de asombro lo decía todo. ¿Y por qué Cosgrove no hizo traducir los documentos si Lobatón era un empresario tan importante?, pregunté. Lo ignoro, respondió Lilian, de Cosgrove sabemos que dejó la universidad ese mismo año, era un hombre mayor, quizá ya no tenía energía para desentrañar la vida del empresario mexicano, o también puede ser que Lobatón no fuera una prioridad, se trataba de un hombre importante pero había otros, el mismo P. T. Barnum, para no ir más lejos, que también estuvo como invitado en la universidad. Además no podemos soslayar que Lobatón era extranjero y que en esa época de gestación nacional interesaban mucho más los héroes locales, añadió Lilian y después me quitó el manuscrito de las manos y me enseñó el sello que tenía detrás, en la última página, ya un poco borroso pero perfectamente legible: U. S. MAIL. OMAHA.

Esa misma tarde leí con una avidez enfermiza el manuscrito de Cristino Lobatón, era un relato caótico y desordenado que, sin embargo, tenía un inequívoco ímpetu narrativo. No se trataba de la obra de un escritor, como había apuntado Lilian, más bien era una sucesión de anécdotas que alguien con oficio tendría que ponerse a reescribir, una serie de episodios cuyo género era claramente autobiográfico. Era un libro incompleto de memorias que terminaba súbitamente, daba la impresión de que

el autor se había aburrido de escribirlas, o quizá lo había desalentado el desorden narrativo, que en ciertas zonas del manuscrito era incontrolable.

Al terminar, hice una investigación en Google, porque de pronto había tenido la impresión de que se trataba de una historia inventada. No solo encontré información, también fotografías de Lucía Zárate, la liliputiense mexicana cuyo éxito arrollador fue el principio de la fortuna de Cristino Lobatón. Dedicué los siguientes días a coleccionar notas de la hemeroteca, algunas de ellas con fotografías, en las que se hablaba de un tren lleno de freaks, de la exhibición de criaturas extrañas, de una exitosa gira Europea que hizo la liliputiense y de un montón de episodios sociales, políticos e incluso policiales alrededor de la figura del empresario veracruzano y del emporio que montó vendiendo opio durante más de una década en una ruta que iba de Nueva York a San Francisco. Toda esta información, contrastada con los cuatrocientos doce folios de sus memorias y completada con lo que Lobatón iba anotando en sus bitácoras, me permitió tener un panorama generoso que me envió directamente a mi escritorio, a desmontar mi proyecto de año sabático con una coartada, endeble, pero que en ese momento funcionó: había prometido no escribir ni una sola línea de ficción durante un año, pero esa historia llena de documentos que me había regalado Lilian Richardson no era propiamente una ficción ni tampoco, puesto a calcular la naturaleza del proyecto, yo iba a ser técnicamente el narrador. Iba a tener que ir interviniendo en la historia, atando cabos sueltos, rellenando huecos biográficos, coligiendo capítulos intermedios para conseguir la continuidad de ciertos episodios que estaban separados por un vacío tan hondo que sobrepasaba los límites de la elipsis. Para poner en orden esas miles de piezas sueltas, más que una narración se imponía una exégesis. Desde ahí me puse a abordar la historia, desde el punto de vista del exégeta. En eso me convertí a partir de entonces, en un exégeta.

Cristino Lobatón Xakpún establece en esas memorias que escribió con la intención de ganarse un sitio en la posteridad, su perspectiva del éxito desmesurado que tenía Lucía Zárate, la liliputiense mexicana: Sería inexacto decir que la enanita triunfaba en Estados Unidos solo por su talento. Fui yo, su manager, el que la puso ahí para que pudiera triunfar.

También aclara Cristino que, a lo largo de las páginas que se ha propuesto escribir, puede ser que se refiera a Lucía como enana, enanita, o incluso mi enanita del alma. Esta aclaración es de una delicadeza propia del siglo XXI y no de finales del XIX, y sobre todo es una excentricidad, porque el negocio con el que Cristino Lobatón empezó a hacer fortuna en Estados Unidos fue, digámoslo claramente, la explotación artística de una mujer anormal, la exhibición pública y a mansalva de una persona aquejada de enanismo. ¿A qué viene entonces tanta delicadeza? Seguramente a que Lobatón quería aparecer como un hombre sensible en esa vida por escrito que pretendía dejar para la posteridad.

Desde las primeras páginas aparece la divisa vital de Cristino Lobatón, que es una sentencia del amo del freak show y mentor suyo P. T. Barnum: There's a sucker born every minute. Cada minuto nace un idiota. Cristino había sido el representante político de El Agostadero, su pueblo, y sabía por experiencia que con una buena cantidad de idiotas podía hacerse una enmienda a la ley, poner en marcha una

revolución o articular un gran negocio. Estaba convencido de que sin ellos los pueblos y los países serían ingobernables; a fin de cuentas, pensaba rigurosamente desde su propia experiencia, solo los idiotas pueden creer en las promesas de un político.

Cristino era hijo de un francés, Patrick Le Bâton, que acabó castellanizado como Lobatón, y de una india totonaca apellidada Xakpún. De ese mestizaje canónico salió un niño cartesiano que creía fervientemente en las fuerzas de la naturaleza. Su padre observaba de lejos y con cierta resignación cómo su madre lo educaba con los parámetros de la cosmogonía totonaca, cómo lo enseñaba a leer los signos del mundo, el significado del relámpago, del vuelo de un ave, del diseño trazado en la arena por el zigzag de una culebra, cosas que aprendió desde niño y que lo hicieron desarrollar una poderosa vena mística.

Lobatón se convirtió, a finales del siglo XIX, en uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, y este vertiginoso ascenso social, si se piensa en El Agostadero, el pueblo remoto e inmundado que lo vio nacer, amerita, cuando menos, que se conozca su fabulosa aventura. ¿Por qué nadie sabe nada de este hombre que fue muy rico y bastante famoso hace poco más de un siglo? Me parece que tengo la respuesta: porque la forma en que hizo fortuna es un ejemplo poco edificante. ¿Es esta razón suficiente para ignorar a un personaje de esas dimensiones?

“La mano de un adulto es un asiento amplio para ella”, dice una nota del diario The New York Sun, fechada en diciembre de 1876. Otra, fechada el mismo año en el periódico The Philadelphia Star, con el título “La mujer más pequeña de la Tierra”, consigna lo siguiente: “Su cabeza, del tamaño aproximado del puño de un hombre, está bien formada y tiene el pelo oscuro y suave. Lo único que se sale de proporción es la nariz, que parece la de una mujer de tamaño normal. Tiene ojos negros brillantes y es muy seria, no habla nunca, aunque aseguran que sabe hacerlo”.

Estas dos notas de periódico son una pequeña muestra del revuelo que provocó, en la Exposición Universal de Filadelfia, la presentación de Lucía Zárate, la mujer más pequeña del mundo, también conocida como la liliputiense mexicana. Pero lo mejor será empezar por el principio, por donde empieza “El cuerpo eléctrico”.

Cuando era niña, Lucía Zárate hacía la siesta mientras su madre trajinaba por la casa. Tomasa barría, trapeaba o cocinaba un caldo en los fogones, llevándola a ella en el bolsillo izquierdo de su bata y a su hermano gemelo, que era también liliputiense, en el derecho. Había mañanas en las que Tomasa terminaba muy pronto su quehacer y entonces, para que la siesta de los niños no fuera a malograrse, salía a caminar por el pueblo, porque sabía que si se detenía los dos enanitos comenzaban a llorar desconsoladamente. En El Agostadero era habitual ver a la señora Zárate andando por la calle, o de compras por el mercado o conversando con alguien en una esquina, sin dejar de bambolearse para que sus hijos, que dormían a pierna suelta dentro de sus bolsillos, no se despertaran.

Aquel fue el primer contacto que tuvo Cristino Lobatón con la enanita o, más bien, la primera vez que supo de su existencia, porque a ella apenas se le veía la cabeza saliendo del bolsillo de Tomasa.

El Agostadero era un pueblo de Veracruz, con una iglesia, un gran mercado que daba servicio a cinco o seis poblaciones aledañas y unas jaurías de perros famélicos que vagabundeaban por las calles y que nadie sabía de dónde salían. Era un pueblo de tierra quemada, de suelo estéril, que vivía del comercio de productos que llegaban de otro sitio, y ese ir y venir de mercancías dejaba la ilusión de que el pueblo se movía, de que su gente tenía un destino, cuando en realidad vivían todos como en un barco encallado. En El Agostadero se acababa todo, escribe Lobatón. Y también dice, más adelante: Mi pueblo era un pudridero en el que las plantas de maíz retoñaban en flores gangrenadas, y yo pude escapar a tiempo de aquella gangrena.

Lucía y Rodrigo, los gemelos enanos, eran una curiosa excepción genética porque, antes de ellos, Tomasa y Fermín habían procreado hijos de proporciones normales. Quizá, más que de una excepción, se trataba de otra de las manifestaciones de esa gangrena de la que habla Lobatón. En todo caso, Rodrigo murió pronto, de alguna patología relacionada con su enanismo, y dejó sola a su hermana, al filo de esa vida insólita que se le venía encima.

Cuando Lucía comenzó a caminar se convirtió en la vecina más popular del pueblo. Todos la veían pasar rumbo al mercado, era una niña diminuta y parecía tan frágil que la gente le abría paso cuando su madre la mandaba a hacer la compra. Se quitaban del camino, la escoltaban para que algún desaprensivo no la fuera a pisar, o por si un perro, de esos que pululaban por las calles sin control, la olisqueaba con demasiado interés. Ya desde entonces los vecinos la habían transformado en una celebridad, observaban sin tregua todos sus movimientos y le quitaban de enfrente cualquier obstáculo; la adiestraban, sin quererlo, para que aprendiera a explotar la admiración que provocaba, mientras ella iba descubriendo su talento para exhibirse. Siempre había alguien dispuesto a ayudar a la enanita y en el mercado, a la hora de pedir la mercancía con su voz aguda que salía de muy abajo, de entre las piernas de la clientela, todos guardaban silencio y no faltaba quién la alzaba y la sostenía en alto para que pudiera pedir lo que necesitaba con más facilidad.

No es que El Agostadero girara en torno a Lucía, pero es verdad que cuando la enana salía a la calle su cuerpo absorbía todas las miradas, y en todos despertaba el deseo de ayudarla, de acercarse, de estar con ella. Entraba al mercado con una bolsa pequeñísima que era pura coquetería, porque sabía perfectamente que nunca faltaba un acomedido que se ofrecía a llevarle los paquetes, y de paso hacía del regreso de la enana una apoteosis, pues podía vérselo con un admirador detrás cargándole devotamente los bultos al tiempo que ella iba abriendo la multitud del mercado, como dicen que Moisés abrió las aguas del Mar Rojo.

Pasaron los años y cuando Lucía era una joven que se acercaba a los dieciocho, un vecino pidió permiso a Tomasa y a Fermín para invitar a la enanita al desayuno que habría después de un bautizo, incluso ofreció pagar una cantidad de dinero por su presencia en el lugar prominente de la mesa. Aquel hombre quería pagar porque Lucía estuviera ahí y aquello le abrió los ojos a Cristino Lobatón, que, como era el representante político de aquella gente, estaba al tanto de todo lo que sucedía en el pueblo. Al verla ahí, sentada en la silla alta que le construyeron para la ocasión y después de pie exhibiéndose encima de la mesa, Cristino apreció la poderosa energía

que emanaba de ese cuerpo, la forma en que concentraba las miradas sin hacer absolutamente nada.

Cristino Lobatón era uno de los hombres de confianza de Teodoro A. Dehesa, diputado federal y sagaz político veracruzano que, muchos años más tarde, se convertiría en el gobernador del estado. Ser hombre de confianza de un diputado quería decir recibir un sueldo a cambio de la promoción de su obra y su figura en un municipio específico que, en este caso, era el de El Agostadero.

Cuando Lucía cumplió dieciocho años, Cristino pensó que su carisma y su talento para exhibirse, que tenía a los vecinos electrizados, debería ser un activo del proyecto político del diputado Dehesa, y así se lo dijo de golpe, sin preámbulo alguno, mientras despachaban un asunto referente a la escasez de agua en el municipio. Lobatón no quería cooperar con su jefe por agradecimiento, ni por solidaridad ni por altruismo; le quedaba claro que para trepar en el organigrama político, lo más ordenado era ayudar a encumbrarse al que tenía adelante y luego él ya subiría por pura gravedad. Después de oír la propuesta, el diputado Dehesa replicó, con sobrada razón, que si no sería contraproducente para su imagen personal tener como estandarte a una mujer enana. De una enana se desprenden metáforas siempre desgraciadas que de ninguna manera pueden ayudarnos, dijo Dehesa muy desconcertado, dudando del buen juicio de Cristino Lobatón y, de paso, del trabajo que realizaba para promoverlo en su pueblo.

Como ya se había metido en un problema por decir aquello de golpe, pensó que no tenía más remedio que llevar a Lucía a Veracruz, a la oficina del diputado, para que al verla en persona pudiera apreciar la verdadera dimensión de esa criatura.

Al día siguiente Lobatón se plantó en casa de los Zárate y habló con Tomasa y con su marido, Fermín, que lo miraba huraño y bien pertrechado detrás de su mujer. Cristino era, después del cura y del alcalde, la persona más importante del pueblo; era el político que estaba en contacto permanente con el poder del estado y todos lo recibían en sus casas cuando había un tema relevante que tratar, y el de Lucía lo era, dijo él a sus padres, porque asociarla con un proyecto político significaba darle a su carrera un empujón que jamás tendría en El Agostadero. ¿Qué carrera?, preguntó Fermín, y aquello hizo ver a Cristino que se estaba precipitando, que ya contemplaba una figura del espectáculo donde sus padres solo veían a su hija aquejada de enanismo. Lobatón explicó su idea, les dijo, con mucha solemnidad, que Lucía tenía un claro llamado del destino que era necesario atender, y ellos asintieron e insistieron en que sin sus padres Lucía no viajaba ni a Veracruz ni a ningún lado. Así que Cristino, que había pensado en la posibilidad más práctica de llevarse a la enanita en su caballo, tuvo que invertir en el alquiler de dos caballos extra y en la manutención del matrimonio durante el viaje a Veracruz. Su idea de viajar en el tren, que era la opción menos tortuosa y, sobre todo, más económica, fue desestimada inmediatamente por Tomasa que, al borde del terror, dijo que no iban a subirse en un transporte que prescindía de los animales para moverse, y que echaba una humareda tóxica y que además, como les habían contado, iba a una velocidad que dejaba mareados a los pasajeros durante varios días. Como la prioridad era presentar a la enana al diputado Dehesa lo más pronto posible, tuvo que aceptar la condición que le impuso el matrimonio, convencido de que trataría con ellos solo

mientras lograba encarrilar la carrera de su hija. No sabía, porque era imposible saberlo entonces, que durante los siguientes años iría arrastrando, de ciudad en ciudad, a Tomasa y a Fermín.

Visualizaba en general la carrera de mi enanita, pero no sabía todavía los detalles; la veía formando parte de un proyecto político, presentándose en los mítines, acompañando a Dehesa en sus discursos; estaba seguro de que íbamos a triunfar, pero no sabía exactamente cómo, escribe Lobatón, para que a sus lectores nos quede muy claro que era un hombre capaz de saltar con gran soltura al vacío.

El viaje a Veracruz duró día y medio, con una parada a dormir en Paso de Ovejas, en el establo que les alquiló un ranchero, luego de que Lobatón le contara que era el hombre de confianza de un diputado federal y que iban a Veracruz a presentar a una vedet que pronto sería la figura más rutilante del espectáculo. ¿Y dónde está?, preguntó extrañado el dueño del establo, y más extrañado se quedó cuando Lobatón le dijo voilà! y señaló a la enanita, que viajaba en una bolsa que traía Fermín colgada en bandolera. El dueño del establo no podía salir de su asombro, se quedó atrapado en sus fascinantes proporciones y no dejó de verla mientras la enanita tomaba su cena, una papilla con trozos pequeños de pollo, y siguió mirándola extasiado cuando se acurrucó encima de su madre y se quedó dormida.

Llegando a Veracruz fueron recibidos por el diputado Dehesa, que desconfiaba del proyecto aunque, como le confesaría más tarde a Cristino, su entusiasmo lo había dejado inquieto. Lucía montó un espectáculo en la oficina del diputado, encima del escritorio, ese espectáculo involuntario en que se convertía cuando se quedaba quieta, sentada o de pie, concentrando todas las miradas. Poco a poco se fueron congregando alrededor de ella las secretarias, los asesores, los asistentes, los mozos y una multitud de empleados que al cabo de unos minutos, seducidos por la irresistible teatralidad de la vedet, rompieron espontáneamente en un aplauso. Sobre ese raro momento en la oficina del diputado, escribe Cristino esta reflexión un poco macarrónica de aires filosóficos: ¿Qué hacía Lucía para seducir de esa forma a la gente? Muy sencillo: quién ya es no tiene que hacer que es, y Lucía no tenía que hacer nada porque ya era una criatura extraordinaria.

Esto lo tiene que ver Mi General, dijo el diputado Dehesa con los ojos inyectados de júbilo y mucha codicia. ¿Mi general Ángulo? Preguntó Lobatón, refiriéndose al jefe de la división militar que operaba en Veracruz, pero el diputado Dehesa le dijo, y lo dijo al aire para que lo oyeran todos, no la chingue Lobatón, no sea timorato, aquí no hay más Mi General que Don Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz acababa de ocupar, el día anterior y por primera vez, la presidencia del país. Era noviembre de 1876 y el general solo permanecería quince días en la silla, un lapso mínimo dentro del cual se escondía el principio de la enorme fortuna que estaba destinado a hacer Cristino Lobatón.

Cuando el diputado Dehesa, al final de la presentación de la diva en su oficina, anunció que se iban todos inmediatamente a la Ciudad de México, Tomasa y Fermín no parecieron entender lo que estaba sucediendo. Estaban tan embobados con los aplausos y los piropos que recibía su hija, que no se dieron cuenta de la maniobra hasta que llegaron a la estación, donde el tren ya bufaba y echaba humo por la

chimenea y liberaba un denso vapor que salía entre las ruedas y le daba a la máquina un aire infernal. Hasta entonces el matrimonio Zárate entendió lo que se le venía encima, pero el entusiasmo del diputado Dehesa y la perspectiva de subirse al vagón de honor diluyeron las resistencias que había padecido Cristino y que le habían costado el alquiler de dos caballos y quién sabe cuántas horas más de viaje. También ayudaba el asombro de ver a su hija, una enanita de la que nunca habían esperado nada, convertida en una diva que era capaz de mover las fuerzas políticas del estado.

El viaje estuvo orientado por el entusiasmo del diputado Dehesa, que veía en Lucía la oportunidad de adornarse con el general Díaz y de hacerlo desde el mismo principio, apenas veinticuatro horas después de que este hubiera tomado posesión del cargo, y mientras el diputado servía tragos a la comitiva que lo acompañaba y alardeaba de su futuro político que veía, desde ahí, con absoluta claridad, Lobatón iba calculando mentalmente las posibilidades que estaban a punto de abrirse y, para aislarse de la incipiente borrachera, que ya era escandalosa y prometía volverse ensordecedora, abrió una libreta, la primera de sus treinta y cinco bitácoras, y fue anotando los pueblos en los que iba parando el tren: Tejería, Soledad, Camarón, Paso del Macho, Atoyac, Córdoba, Fortín, Orizaba, Maltrata, Alta Luz, Boca del Monte, San Andrés ...